LA CATEDRAL DE BARCELONA.

La iglesia mayor de Sta. Cruz y Sta. Eulalia de Barcelona, pertenece á la arquitectura vulgarmente llamada gótica, y como su construccion duró tanto como el arte que la edificaba, al lado de la majestad, sencillez y elegancia de su primera época, ostenta los primores y costosas labores de fines del siglo XIV y principios del XV.

Existia ya en los primeros siglos de la iglesia, tal vez tambien con el nombre de Sta Cruz, que ha conservado, aunque despues de trasladadas á ella las reliquias de Sta. Eulalia, desde el sitio en que se encontraron, y que en el dia ocupa la iglesia de Sta. María del Mar, se llamó de Sta. Cruz y Sta. Eulalia; y en algun documento se encuentra titulada solamente catedral de Sta. Eulalia. Fué reedificada por Don Raimundo Berenguer I, llamado el Viejo, y su consorte la condesa doña Almodis, cuyos restos se hallan sepultados en dos urnas al lado de la puerta de la sacristía. Fué consagrada en 1058, y á fines del siglo XIII hubo de ensancharse por no corresponder su capacidad á la grandeza y número de habitantes, á que la capital había llegado, con los progresos del comercio y residencia de los reyes de Aragon y de los magnates y nobles de la provincia. Empezó su fábrica en 1298 segun el estilo gótico, que á principios de aquel siglo se introdujo: la parte del testero hasta el coro y algo mas, quedó concluida en 1329, y en 1338 la capilla subterránea ó panteon en que se venera el

cuerpo de Santa Eulalia, patrona principal de la ciudad. Al año siguiente 1339 se colocaron en el panteon las reliquias de la Santa mártir, que desde 1329 se hallaban depositadas en la sacristía. Se hizo esta traslacion con tanta solemnidad que acaso no se ha visto mayor en otra funcion devota, á lo menos por la concurrencia de tantos y tan elevados personajes: entre ellos se contaban dos reyes, tres reinas, cuatro príncipes, dos princesas, un cardenal, siete obispos, doce abades mitrados, nueve magnates de Cataluña y sesenta y cuatro varones y nobles. Es este edificio uno de los pocos en que no sacrificó el arte al capricho.

Proporcionan la entrada diferentes puertas; la de la Inquisicion, obra preciosa aunque mas tosca que el interior del templo, la componen diferentes columnitas y lindas ojivas en degradacion, que ocultan las cuatro ó cinco gradas de jaspe que conducen al santuario; á cada uno de los lados, poco levantadas del suelo, se ven dos inscripciones: en la una de ellas se lee:

In nomine dom. nostri ad honorem Santae Trinitatis, Patris et Filii et Spiritus Sancti, ac Beatae Virginis Mariae et Santae Eulaliae Virginis et martiris Christi ac civis Barcinonae cujus num. corpus in ista requiescit sede: opus istius ecclesiae fuit inceptum Kalendis maii anno Dom. MCCXCVIII regnante illustrissimo Dom. Jacobo rege Aragonum, Valentiae, Sardiniae Corsicae comiteque Barcinonae.

La otra inscripcion dice:

In nomine dom. nostri Jesu Christi Kalendis novembris anno dom. MCCCXXIX regnante Dno Alfonso rege Aragonum Valentiae, Sardiniae Corsicae ac comite Barcinonae. Opus istius sedes operatum ad laudem Dei et beatae Mariae Sanctae Sancteque Eulaliae.

Cerca de ambas inscripciones sobresalen algunos bajos relieves de muy tosca escultura, uno de los cuales representa un guerrero en lucha á punta de espada contra un formidable dragon, y otro del mismo lidiador introduciendo su cuchilla en las fauces de la fiera. De igual gusto, son otros pocos relieves que adornan la fachada, y tambien algunas figuras pulsando varios instrumentos que están á los dos lados de los puntos de la ojiva, pero son de buen gusto y bastante delicados por su graciosa y limpia escultura los tres cuerpecitos de estilo gótico que se levantan sobre la puerta. En la parte inferior del segundo aparecen pegados unos como asientos en los cuales falta la estátua que sin duda á cada uno de ellos corresponde, lo que prueba hallarse incompleta aquella fachada; el último cuerpo remata con un roseton que desdice del todo de la obra: sigue al muro de la puerta una de las dos hermosas torres del templo, cuya inmensa mole carga con tanta ligereza sobre los arcos de las dos puertas que están en las estremidades del crucero, que se puede decir apenas descansa sobre ellos, atrayéndose la admiracion de cuantos la observan, el atrevimiento del arquitecto que la ideó; se halla destinada á las horas, como lo demuestra la delicada estructura del último cuerpo de campanas; y consta además que en el año 1393 se fundió y subió á espensas de la ciudad la gran campana para el reló llamada Seny de las horas, sin duda porque con ella se señalaban las horas del dia, antes de la invencion y construccion de los relojes públicos. Tambien gravita sobre los mismos arcos la otra torre, que es mucho mas gruesa. A cada una de las torres se vé pegada otra torrecilla circular, que no demuestra menos limpieza en lo esterior por su bien labrada coronilla que en lo interior por su empinada escalera que conduce al piso superior del campanario. De mayor gusto que la fachada anterior es la de la Piedad, mucho mas sencilla, pero de trabajo mas delicado. La ojiva no puede ser mas graciosa; su remate terminado en punta esbelta aérea, es uno de los restos mas puros del goticismo. Acrecen su hermosura la bien trabajada cruz que cae perpendicular á la ojiva, los dos pilares que se levantan á los lados y la variedad de crestas y juguetes que la adornan. No corresponde á tanta belleza el bajo relieve que se descubre en el nicho que forma el arco, aunque no es malo. Mas rica en escultura es la puerta de San Severo, fachada preciosa en que se agotaron todos los encantos del siglo XV: no hay cosa en ella que no acredite el gusto de la época; tales son la ojiva, el dosel que cubre la corona de la Vírgen y el trasparente follage repartido por toda ella. Esta puerta conduce al claustro por cuatro ó cinco gradas de jaspe encarnado, donde se admiran multitud de bellezas por entre los árboles que dominan el muro: rodea el claustro una série de esbeltas columnitas que contienen ojivas preciosas que vienen á rematar en bien labrados capiteles, adornados de miles de figuritas que forman diversos y variados cuadros históricos del antiguo y nuevo testamento: algunas de aquellas por sus delicadas facciones y graciosos pliegues ostentan la historia de las artes. Fijan la atencion del inteligente la Adoracion de los Reyes en el segundo pilar, bajando de la puerta de San Olegario, frente de la puerta de San Severo la imágen de Jesus Nazareno, el lienzo de la pared media del claustro, la puerta de San Olegario, el sepulcro que le está inmediato de D. Ramon Desplá, y sobre todo la fachada de la sala capitular y otra inmediata por la delicada combinacion de las hojas anchas encrespadas, la limpieza de los pliegues y de las puntas de las casi imperceptibles arrugas y la propiedad de las formas. Junto á la última puerta de Santa Lucía está el acamuzado nicho del decantado Mosen Borras, quien por su ridículo ropage acredita haber sido bufon del rey D. Alonso III. La arquitectura del claustro es caprichosa; se advierte desigualdad en las ojivas, desproporcion entre estas y las capillas, y la mala colocacion de la fachada de Santa Lucía, pero destruyen esta impresion la hermosa glorieta de la fuente de las Ocas, que nada le iguala en sencillez y delicadeza; dos arcos grandiosos dentellados que cobijan una ancha pila polígona, en cuyo recinto figura un pequeño San Jorge armado de punta en blanco, caballero sobre un alazan que echa por su cuerpo ligeros chorros de agua y por los lados de la pila otros chorros mas gruesos; los arcos del mismo patio que presentan tanto número de reyes, obispos, frailes y monjes leyendo cada uno en su libro, y la majestuosa clave donde figura otro San Jorge hendiendo el cuento de

su lanza en la horrible fiera que destruye; y no mencionamos la fuente del Lavadero, inmediato al de las Ocas, ni el raro capricho de las gárgolas, de tigres, leones y ciervos, cuyos cuernos doblan muchachos atrevidos. Mayor fealdad que aquellos caprichos ofrece la puerta que conduce al santuario, atestada de mil necios y fútiles adornos, falta de gusto y aborto de un desmesurado trabajo, sustituido al elegante y en armonía con el resto del claustro que antes habia. Compónese el templo de tres naves, cuya armazon sostienen ocho pilares y los diez del ápside; en mitad del santuario se vé el coro: frente de este el presbitério y debajo del presbiterio la capilla de Santa Eulalia, todo á cual mas bello y delicado. El tabernáculo mayor es magnífico por sus formas y sencillez; en él se ven colocadas en el mejor órden ojivas, doselitos y mil bordaduras caprichosas y bellas, y en el centro Jesucristo en la cruz, rematando el retablo en siete puntos altos iluminados por ventanas góticas. Cierran el tabernáculo diez gruesos pilares en semicírculo que forman nueve arcos semicirculares, cuyo friso contiene una graciosa galería trebolada que sirve de dosel. Entre los arcos de la galería salen doce estandartes que sirvieron de enseña en las guerras de este siglo. Grandes y rasgadas ventanas esparcen la luz alrededor del ápside cubiertas de cristales pintados con diversidad de figuras; se sube á este altar por una gradería dividida en dos tramos con sus barandillas ó pasamanos, una de las cuales sirve para el cabildo catedral y la otra para el cuerpo municipal, cuando concurre á las funciones.

(Concluirá.)

EL RESENTIMIENTO DE UN CONTRABANDISTA.

En el año de 1827 se dió comision á un comandante de caballería, llamado D. Antonio Diaz Manrique, para reprimir el contrabando que infestaba la Serrania de Ronda. Habia llegado á tal punto el escándalo que el gobierno creyó que solo á fuerza de terror podria ponerse coto á los desmanes que sin interrupcion se sucedian. Destacamentos de soldados ocuparon casi todos los pueblos: publicóse un bando nombrando una comision militar para juzgar los delitos de contrabando, autorizando al presidente para hacer ejecutar la sentencia ó suspenderla hasta consultar con el ministerio. A mediados de Julio de aquel año estaba el comandante D. Antonio Diaz Manrique en su casa, cuando le trageron á firmar una sentencia de fusilamiento.

—¿Qué es esto? preguntó al ayudante.

—La ejecucion del contrabandista Andres Bueno, á quien hace dos horas cogió un sargento en el monte.

—¿Adonde iba?

—El dice que á ver á un hermano suyo el contramaestre de una goleta que llegó hace poco á Cádiz: pero todo el mundo sabe que fué el que introdujo la carga de tabaco que aprehendimos en el camino de Málaga. ¿Se le fusila?

—Bien. Traiga V. Cogió el papel y firmó.

Cuando hubo quedado solo, el oficial reflexionando sobre lo que acababa de pasar, no tardó en arrepentirse de haber condenado tan ligeramente á un hombre, tal vez inocente. Levantóse, pues, y salió para hacer que se sobreseyese á la ejecucion, pero no habia andado veinte pasos cuando oyó una descarga de fusilería. Un momento despues se encontró junto al cadáver inanimado de su víctima. Era un jóven de alta estatura, de buen semblante: sus vestidos eran los que acostumbran á usar los majos de Andalucía. Despues de haberle considerado un instante, el oficial se retiró lleno de remordimientos.

Entre los espectadores de esta escena horrorosa se hallaba el hermano de Andrés Bueno. Terminada la ejecucion, se fué á casa de la viuda del muerto, profiriendo palabras de venganza contra los matadores. Apenas habia entrado cuando llamaron á la puerta.

Es el señor cura, dijo uno de los niños que habia salido á abrir.

Al penetrar en la casa halló el clérigo al contramaestre ocupado en limpiar una pistola de cazoleta, mientras los dos hijos mayores del muerto fundian en una sarten un poco de plomo para hacer balas. En cuanto á la pobre viuda, estaba sentada en una silla, cerca del fogon, mirando con secos ojos los preparativos que se hacian á su lado.

—¿Es una muerte lo que vá V. á hacer? Dijo el cura con voz severa, dirigiéndose al hermano de Andrés Bueno.

—Han matado á mi hermano á sangre fria, á mi hermano inocente, respondió el marino continuando en su preparacion del arma enmohecida que tenia en la mano.

—Los pensamientos de venganza deben ser rechazados del corazon de un cristiano, dijo el sacerdote. Dios prohibe derramar sangre. Déjele V. el cuidado de matar al culpable: eternos remordimientos en esta vida y un eterno castigo en la otra harán justicia de los crímenes cometidos en la tierra.

Continuó largo rato en este tono. El marino tan pronto alzaba la cabeza, como la bajaba en señal de asentimiento. De cuando en cuando hacia una corta observacion. Sin embargo, al fin pareció que las palabras del cura le hacian impresion: interrumpió su trabajo, reflexionó un instante, y dijo de repente: Creo efectivamente que tiene V. razon, señor

cura: su conciencia me vengará; prometo no levantar la mano para derramar su sangre.

En la tarde de aquel mismo dia reflexionaba dolorosamente el comandante sobre el acontecimiento de la mañana, cuando se precipitó su asistente en su cuarto con palidez en el semblante y la mayor alteracion en la fisonomía. Remitióle una carta con oblea negra que contenia únicamente estas palabras:

«Andrés Bueno ha muerto el 13 de Julio de 1827.

El comandante don Antonio Diaz Manrique morirá el 13 de Julio de 1828. Doce meses.»

Seguia una firma completamente ininteligible.

—¿Quién te ha dado esta carta? preguntó el comandante,

—Andrés Bueno, respondió el asistente con voz alterada.

—Andrés Bueno murió, majadero.

—He asistido á su ejecucion y estaba presente cuando fué arrojado en la zanja del cementerio su cadáver, replicó el asistente; pero aunque supiera que me iba á llamar Dios á dar cuenta de mis palabras, juraria que él mismo ha sido el portador de esta carta.

Diaz Manrique no era supersticioso: esta carta misteriosa le inspiró sin embargo algunas inquietudes que se disiparon con el tiempo: quince dias despues ni pensaba ya en semejante cosa. El 13 de Agosto se hallaba en Málaga, y entró su patrona en su habitacion á darle una carta que le habia sido entregada por un hombre alto y pálido. Esta carta era completamante igual á la primera, menos en que el número de los meses estaba reducido á once. Diaz Manrique, al leer este segundo billete, sintió despertarse sus temores: volviéronle mas punzantes que nunca sus remordimientos, y los gritos de su conciencia culpable empezaron á persuadirle de que habia algo sobrenatural en este acontecimiento. A nadie habia dado parte de su viaje á Málaga, á donde habia llegado la noche antes: ¿qué persona en el mundo habia podido adivinar así sus intenciones y encontrarle en el momento dado? Una inquietud vaga, pero continua, se apoderó de él; el apetito y el sueño le abandonaron. Trató de distraer sus sufrimientos lanzándose en el torbellino de los placeres, pero nada pudo divertir sus pensamientos sombríos: la pena moral que le abrumaba le seguia por do quiera.

El 13 de Setiembre se hallaba en la mesa, rodeado de antiguos amigos y á punto de brindar por una señora, cuando un criado le puso en la mano una carta cerrada con oblea negra. Quedóse sin color al recibirla y cayó en su silla sin pronunciar una sola palabra: un momento despues, fingió una indisposicion repentina y salió del aposento. Por la mañana dejó á Málaga para ir, segun dijo, á cazar en un soto: un solo criado le acompañó.

Ninguna idea de placer ó de diversion traia á Diaz Manrique á aquellos desiertos; habia llegado al punto de considerar toda clase de dicha ó de goce como un sueño de tiempos pasados que no habia de volver: todo lo que podia esperar ya era un alivio parcial, el olvido momentáneo de sus males; buscóle en las fatigas del cuerpo y en la actividad de la vida de los campos. Pero el recuerdo del fusilamiento fatal no le dejó un instante, una fantasma sangrienta estaba á su lado sin cesar, sus miradas la hallaban en todas partes. El mes de Setiembre pasó de esta manera.

Pasaron tambien otros. Un dia que Diaz Manrique volviendo de una larga escursion por el monte, se hallaba muy fatigado, pasó por un estrecho sendero que costeaba un arroyuelo. A una vuelta que hacia el camino, vió repentinamente á un hombre que de pié en una colina, designaba con la mano un peñasco cerca del cual habia de pasar. Diaz Manrique consideró atentamente la figura de ese hombre; sus facciones eran las de Andrés Bueno. Los cabellos del comandante se erizaron en su cabeza: helóse su sangre: su mano, por un movimiento maquinal levantó la escopeta é hizo fuego. Una sonrisa de desprecio pasó por los lábios de Bueno, que sin hacer el mas ligero movimiento, continuó señalándole el peñasco. Algunos segundos despues desapareció como por encantamiento. Al acercarse al sitio designado, Diaz Manrique halló una carta; le anunciaba que solo le faltaban seis meses de vida.

Desde la aparicion, no dudó ya el comandante que habia algo sobrehumano en su misteriosa aventura, sus temores, sus sufrimientos redoblaron, y vió llegar con espanto mortal el fatal dia en que debia traerle carta nueva.

Lució al fin este dia pero nada estraordinario sucedió á Diaz Manrique, quien vió acercarse la noche sin haber recibido carta: esta circunstancia le hizo esperar que el encanto estaba ya quizá roto. Volvia pues lleno de alegría á su habitacion, cuando al intentar pasar sobre un puentecillo solitario, halló un hombre que parecia querer disputarle el paso. Al llegar á él reconocióle: era un viejo cuyo hijo mayor habia ido á presidio por contrabandista: su casa habia sido registrada y decomisado cuanto contenia: habia quedado en la mayor miseria. Suplicóle Diaz Manrique le hiciese lugar: pero el otro sin moverse le miró de hito en hito y le dijo: «Esperaba á usted.»

—¿Me esperaba V.? respondió el comandante; nada tengo que ver con los defraudadores de la real hacienda, y con los pícaros.

—V. es un cobarde: tenga V. cuidado con lo que dice.

Diaz Manrique se puso colorado.

—Nunca me ha insultado nadie impunemente, esclamó: elija V. una de esas pistolas, y defiéndase.

—¿Y para qué? replicó el viejo: todo cuanto amaba en el mundo me ha sido arrebatado á sangre fria por V.: la vida que paso es triste, y tengo que buscar mi subsistencia. Nunca he cogido una pistola, aunque he manejado bien la escopeta, pero ciertamente le mataria á V. si quisiese, porque le llevo ventaja. La mano del asesino está temblando siempre.

—¿Pues qué, tiembla mi mano? dijo Diaz Manrique en un arrebato de cólera.

El viejo se sonrió desdeñosamente, sacó un papel del bolsillo de su chaqueta, y presentándole á Diaz Manrique «tenga V. lo que me han encargado que le entregue, le dijo con afectada calma. Y bien. ¿Su mano de V. no tiembla ahora?

Diaz Manrique no tardó en reconocer aquella carta. Flaquearon sus rodillas y se desmayó. Cuando recobró el sentido, habia desaparecido el viejo: pero vió á alguna distancia la sombría cara de Bueno que le miraba fijamente.

Largo fuera contar todas las tentativas que hizo

Diaz Marique para librarse de su perseguidor y consolar los siniestros pensamientos que le aquejaban. Recorrió casi toda la Andalucía sin poder evitar las cartas fatales que llegaban regularmente el 13 de cada mes, á pesar del cuidado que tomaba de ocultarse á los ojos de todos.

En esta estremidad tomó la resolucion de espatriarse y de retirarse á Lisboa en casa de una hermana casada, hacia ya algunos años, con un comerciante portugués. Embarcóse en Cádiz en una goleta mercante, y se sintió libre de un gran peso al perder de vista las costas de España.

Durante aquella noche empezó á alborotarse la mar, y poco despues una tempestad declarada vino á poner en grave peligro al buque. Diaz Manrique habia subido al puente y miraba á los marineros que amainaban las velas del palo mayor al tiempo que, á la luz de un relámpago, vió al mismo Bueno que mandaba la maniobra, y que al pasar dejó caer junto á él una carta cerrada con oblea negra, bajando al momento por la escalera de la escotilla. Imposible es decir la agonía que sintió el desgraciado fugitivo. Comprendió entonces que todo estaba acabado en el mundo para él, que ninguna esperanza le quedaba y su corazon se estrelló en un sentimiento horrible de desesperacion.

Cuando llegó á casa de su hermana, apenas pudo esta reconocerle, tan mudado estaba. Lívida palidez cubria su semblante: consumiale ardiente calentura: en vez del jóven alegre, que habia conocido en otro tiempo, encontraba un hombre viejo antes de la edad natural, triste, inquieto, que apenas hablaba, que nunca sonreia. Pesarosa tanto como asombrada de tal trasformacion, preguntó muchas veces á Diaz Manrique, pero este se negaba siempre á responder, y pasaron muchas semanas antes que pudiese saber nada. Al fin un dia que se paseaba por junto al teatro de San Cárlos, su hermana le instó para que le hiciese conocer la causa del estado en que le veia. Diaz Manrique guardó silencio. Si son remordimientos lo que te atormenta, le dijo ella, lo mejor que puedes hacer es buscar los consejos de la religion.

—¡Ah! dijo Diaz Manrique con amargura: no puedo rezar, tampoco tengo este consuelo. Solo un dia me falta que pasar en el mundo y mi perseguidor me sigue paso á paso: esta tarde á las cinco, seré tan solo un cadáver, y sin embargo no puedo rezar porque mi ánimo está siempre distraido. Mira, mírale allí, dijo temblando convulsivamente y señalando á un hombre que caminaba lentamente por la acera opuesta.

Fué necesario llevar á Diaz Manrique á casa de su cuñado, estaba tan débil que apenas podia sostenerse. La hermana, persuadida de que la imaginacion tenia mucha parte en su enfermedad, hizo colocar enfrente de su cama un reló que habia adelantado mas de media hora. A medida que se acercaba el instante fatal, el estado del enfermo empeoraba gradualmente; pero cuando el reló dió las cinco, recobró alguna fuerza, y empezó á concebirse alguna esperanza. En este momento sonaron pasos en el cuarto vecino, abrióse con estrépito una puerta y dió entrada á un hombre que se acercó á la cama. Diaz Manrique levantóse y se sentó, arrojó una mirada sobre el forastero y volvió á caer muerto en la almohada.

Era el hermano de Andrés Bueno.

—¿Qué viene V. á hacer aquí? dijo irritado el negociante.

—Soy el contramaestre de la goleta en que vino el señor don Antonio: nos volvemos, y me llegaba á saber si queria alguna cosa para Cádiz ó para Ronda.

JUAN MANUEL AZARA.

EL FRAC.

¡Maldita sea amen esa vestimenta á que damos el nombre de frac! Oigan vds. lo que acaba de sucederme.

Yo, que ignoro á que se reduce ese bicho á quien todos llaman amor, estoy sin embargo perdidamente enamorado de la hermosa y sin par DOÑA ELLA, nombre que como ven mis lectores se puede revelar sin peligro. Tres años há que la adoro, y tres que aspiro á su mano sin esperanza de lograrla jamás. Eso consiste en que hace tres años tambien, estoy pretendiendo alguna cosilla, porque á decir verdad carezco de una posicion social; y como la cosilla no viene; y como por otra parte no es prudente casarse sin haber asegurado de antemano los medios de subvenir á la subsistencia de mi futura con todas sus consecuencias, me estoy así como el diablo lo quiere, soltero y pretendiente de amor. Con esto y con el aire que sopla, seguro estoy de criar barriga.

Ella me ama con delirio, con frenesí, sin que en los tres años susodichos me haya dado el mas pequeño motivo de queja. Esperando, como yo la venida del Mesias, esto es, la pícara posicion social, ni piensa en comprometerse con otro, ni aun siquiera ha soñado en interpelarme por la tardanza de nuestro himeneo. Ten paciencia, querida mia, la digo yo: de hoy á mañana voy á conseguir la posicion á que aspiro. *Ella*, que es un ángel bajado del cielo, me escucha con la boca abierta. Vamos ahora á lo del frac.

Mi amada tiene una amiga, la cual le propuso una de las noches pasadas ir á un magnífico baile, y *Ella* aceptó la invitacion sin consultarme antes. ¡Cómo! le dije yo cuando lo supe: ¿te has comprometido á salir sin contar conmigo, y sobre todo, sin saber si el convite era de mi gusto?

—¿Y has podido figurarte, me contestó que no he contado contigo. ¿Sin tí habia yo de ir á un baile? Toma; ahí tienes tu correspondiente billete.

—Veo que en efecto no me has olvidado, y te pido perdon por mi tontería: pero no obstante, ¿sabes tú si me place que vayas á una reunion donde hay tantos elegantes que te sacarán á bailar, mientras yo que no sé mover los pies, estaré rabiando de celos?

—Es preciso que te resignes, querido mio: yo no voy allá por bailar: voy únicamente por relacionarte con el amo de la casa.

—¿Y para que quiero semejante relacion?

—Escucha. ¿No aspiras á una posicion social?

—Y que tiene que ver eso con...

—Déjame acabar y ten flema. El mencionado sugeto es un hombre influyente en la corte, y sus conexiones pueden serte muy útiles porque puede alcanzarte un destino, y no es cosa de perder la ocasion. Mi amiga, que es muger que lo entiende, me ha sugerido esta idea, diciéndome que contribuiria por su parte á hacerte propicio á su primo, porque has de saber que el baron de X es primo suyo, y el mismo en cuya casa se verifica el baile. Esta ha sido la única razon que me ha decidido á ir.

—Eres un ángel, la dije, estrechándola entre mis brazos. Apruebo tu plan, querida mia. ¿Cómo era posible que dejases de pensar lo mejor?

—Entretanto, es preciso que vayas á vestirte, porque son las ocho y media y el baile comienza á las diez.

—Antes de media hora estoy de vuelta, la dije; y dándola un segundo abrazo mas tierno y mas estrecho que el primero, me dirijí á mi casa con la priesa que es de inferir en un hombre aguijoneado por dos estímulos tan poderosos como son el amor y el deseo de salir de pretendiente.

¡Patrona! esclamé desde la escalera: venga mi frac inmediatamente, venga mi camisa de holanda (porque es de saber que tengo una por lo que pueda ocurrir, aunque la pobrecilla me dice con bastante claridad que se está acabando por puntos); vengan mi chaleco y mis botas, y mi sombrero, y mis guantes, y mi corbata y demas; y que sea luego, porque estoy de baile esta noche.

—¡De baile! esclamó la vieja: ¿cómo es eso, señor DON?.....

—No puedo detenerme á contestar: estoy de baile, y cuando lo estoy, mis razones tendré para ello. Ea! venga inmediatamente mi ropa, que traigo una priesa que me lleva el diablo.

—El caso es que la camisa no está planchada todavía...

Malediction sur le chemise! Venga pues cualquiera de mis camisolines, porque voto á...

—Cualquiera de sus camisolines!... ¿Acaso tiene vd. mas que dos?

—No me venga vd. con indirectas, patrona.

—Y tampoco tiene vd. mas que un chaleco.

—Repito que no me venga vd. con indirectas. Cada uno tiene lo que le dá la gana.

Yo no me meto en eso; pero tambien es fuerte cosa que siempre que le ocurre un apuro, me haya de venir vd. con esas prisas. Si tuviera vd. quita y pon, podria una tener arregladas las cosas, y no que así.... Los que solo tienen un chaleco, no debieran ir nunca al baile.

—Si no cierra vd. esa boca, la echo á vd. por el balcon.

—¡Qué genio tiene hoy el señorito! Pero es el caso que no he podido dar todavia una puntada en el frac, y como no tiene vd. quita y pon...

Al llegar aquí no pude contener mi furia, y cogiendo el belon, hice ademan de tirárselo á la cabeza, en nombre de toda la turba elegante que se halla en el mismo caso que yo. Callóse entonces mi patrona, y aunque no con la celeridad que yo queria, dejóme corrientes todos mis atavios, y vestíme lo mejor que pude. Cuando acabé de arreglarme, eran ya las diez menos cuarto.—¡Las diez menos cuarto! Y yo que habia prometido á mi amada ir á buscarla antes de media hora! Vamos, vamos, patrona: alúmbreme vd. inmediatamente: por la primera vez de mi vida me ha hecho vd. faltar á mi exactitud proverbial. Menéese vd., repito; que el baile comienza á las diez.

Tal era el azoramiento con que yo decia estas palabras, y tal la precipitacion con que me dirijí á la escalera, que sin advertir lo que hacia y atendiendo solo á ponerme en la calle, cometí la torpeza de acariciar un clavo que estaba fijado en una de la paredes del pasillo, y sin saber como ni como no, quedé enganchado del bolsillo del lado izquierdo del frac, bien así como el banderillero á quien el toro clavase una de las suyas por el sobaco. Mi frac no pudo resistir á tal prueba; y abriendo un palmo de boca acabó por dejar en el clavo un trozo razonable de sí mismo, sin tener siquiera la caridad de sostenerme para que no cayera de bruces. Mi patrona que venia detrás alumbrándome, no sabiendo á qué atribuir aquel azar endemoniado, tropezó con mi elegante persona que estaba tendida en el suelo y dijo ay! y encajóme encima el belon rociándome la espalda con dos cuartillos de aceite. El mismo demonio no podia discurrir otro tanto. Adios sesion, adios baile! Levantéme del suelo echando venablos por aquella boca, es decir, por la mia, que la del frac no hablaba una pala-

bra. Cuando acababa de ponerme en pié, salia ya la patrona con una luz, diciendo todavia ay! ay! ay!—Quítese vd. de mi presencia, le dije y vaya vd. al infierno.—Obedeció sin chistar, y yo con el nuevo belon en la mano me dirijí á la alcoba. Mudéme la ropa de pies á cabeza, salvo la camisa que por una especie de milagro no padeció la menor averia. Al pantalon negro sustituí otro de color, y al malhadado frac la levita ó el levita, que todavia no sé si es macho ó hembra.—Ya que no me sea posible ir al baile, iré á escusarme á lo menos. ¿Qué dirá *Ella* al ver mi tardanza? Pero yo se lo confesaré todo, y hará justicia á su amado.—Hechas estas reflexiones, tomé la puerta. La patrona estaba en el paso y miraba el suelo diciendo: no ha sido poca fortuna! ni una sola baldosa se ha manchado.—Grandísima bruja, la dije: quite vd. ese pedazo de frac que se ha quedado en el clavo, y que no le vuelva yo á ver.—Espere vd. me respondió, que le haré luz.—Vaya vd. con dos mil demonios, la contesté: no necesito que nadie me alumbre.—Y salí á la calle con una priesa que parecia que me llevaba el diablo.

Cuando llegué á casa de mi amada, me dijeron que cansada de esperar se habia dirigido á la mia, en union con su amiga y un hermano de esta que con arreglo á lo convenido la habian ido á buscar con el coche del Baron de X. Oir esto, y echar á andar otra vez, todo fué obra de un momento. *Ella* y yo habitamos en dos estremos de Madrid; así es que por mucha priesa que me diese no me era posible llegar á casa sin emplear media hora en el camino. Llegué por fin hijadeando, y cuando pregunté á mi patrona si habia venido un coche á buscarme, me contestó que sí, pero que habiendo ella dicho á los que dentro venian que habia yo salido de casa, se volvieron por el mismo camino que habian traido. —¿Y por qué no les dijo vd. que se esperasen? le pregunté enojado.—¿Acaso, contestó mi patrona, me encargó vd. que se lo dijese?—La observacion era justísima y no repliqué, mas no por eso dejé de preguntarle qué clase de gente era la que habia venido en el coche.—¡Alabo la serenidad! me dijo la vieja: ¿he de saberlo yo si vd. no lo sabe? —Yo me entiendo, patrona. Me han dicho que eran dos damas y un jóven que venia con ellas.—Sí señor, eso es: y por cierto que el jovencillo se mostraba afectuoso con una de ellas.—¿Qué es lo que dice vd...?—Yo! nada; que si las señas no mienten deben estar perdidamente enamorados.—¡Virgen del Tremedal! Ah! dígame vd. patrona.... la dama de quien vd. habla ¿qué señas venia á tener? ¿Era alta, delgadita, un si es no es descolorida...?—Puntualmente: alta, delgada, un si es no es descolorida, lo mismo poco mas ó menos que la otra.—Ah, no, no! vd. se equivoca: la otra no es tan bella, la otra no vale un comino á su lado.—Eso es lo que le iba á decir á vd.: aunque las dos son iguales, la que vd. dice es mucho mejor que la otra.... si por cierto; infinitamente mejor.—Patrona. vd. miente: si era tan bella como vd. dice, es imposible que se mostrase tan afectuosa con ese jéven: sería la otra, y no ella.—Yo le diré á vd., bien puede ser que fuese la otra, porque como las dos son tan parecidas...—¿Y cómo habia de ser la otra, siendo hermana de ese jovencillo? No señora: la que vd. dice es la primera, la mas bella de las dos: los hermanos no se quieren así.—¿Sabe vd. señor *Don*, que no entiendo una palabra de lo que vd. me dice? —Ni yo un solo acento de esa maldita charla. ¡Que no se la lleve á vd. el demonio!

Y diciendo esto, volví á bajar la escalera, llena el alma de celos y desesperacion. Las señas que la patrona me habia dado, no eran á la verdad para tanto; pero ¿qué quieren vds.? Por mucho menos que eso se han ahorcado mas de cuatro.

Héteme otra vez cruzando á Madrid, y otra vez llamando á la puerta de la que entonces apellidaba yo ingrata, y aleve y fementida, con los demás epítetos que ocurren en tales casos.

—¿Ha vuelto el coche? pregunté con tono desabrido.

—Sí señor! me contestaron desde el balcon: pero hace ya media hora que han marchado al baile.

—Al baile!

—Sí señor! Como no le han encontrado á vd. en casa, y como su patrona de vd. les dijo que se habia vd. dirijido á casa del baron de X, han dicho para sí: vamos allá.... y se han ido.

—Pero no les han dicho que he estado aquí?

—Sí señor, me contestó la voz que me hablaba desde el balcon; pero como vd. se ha marchado inmediatamente, y como no ha dicho vd. donde iba, hemos creido todos que no podia ser sino al baile, y...

—Maldito sea el baile, y mi patrona, y el coche, y la voz que acaba de hablarme!

Dije: y sin detenerme un momento, me dirijí á casa del baron. Aquí hay complot, no hay remedio: los pérfidos estan interesados en que no nos reunamos esta noche... pero se llevan chasco. ¿Creen acaso que no tendré valor para presentarme en la sala por ser un desconocido? Se han engañado: han cometido la imprudencia de dejar el billete en mi poder, y con el billete tengo entrada abierta. Hoy vá á suceder una catástrofe.

Tales eran las reflexiones que iba yo haciendo conmigo mismo, sudando la gota tan gorda. Sonaron en esto las doce, y dos minutos despues estaba yo subiendo la magnífica escalera de la casa del baron. Dos horas se me habian pasado andando y desandando calles, hecho un azacan. *Malediction sur le frac!* Toda la culpa la tenia él; pero aun falta lo mejor.

Cuando concluí de subir la escalera, juzgué oportuno detenerme un *momento* para dar lugar á serenarme, pues era tal la agitacion que reinaba en mi rostro, que me era imposible entrar en el salon sin llamar la atencion de las gentes. Descansé pues unos cuantos minutos.... pero digo mal, porque mi descanso fué un suplicio contínuo. La música desgarraba mis oidos, y la alegría que reinaba en el salon era una tortura para *mí*. La pérfida estaba bailando, mientras yo me consumia de rabia.

No pude sobrellevar un tormento tan áspero, y así, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, arreglé me el pelo lo mejor que pude, limpiéme el polvo de las botas, y acabé de enjugarme el sudor. Dí mi billete en la puerta, y entré en la antesala afectando toda la serenidad posible. Allí encontré varios conocidos y amigos á quienes ni siquiera saludé. No dejaron ellos de pasmarse al verme en su compañía. ¡Aquí nos fulano! dijeron algunos: ¿qué santo le trae por aquí?... Qué diablo, diriais mas bien, refunfuñé entre dientes; y sin dirigirles una sola mirada, me

encaminé al salon. Pero ¡oh desventura! ¡oh desdicha! Los introductores que estaban en la puerta, me dicen, pidiéndome mil perdones, que les es imposible permitirme la entrada.

—¿Cómo es eso? les dije alterado.

—Caballero, lo sentimos mucho; pero tal es la orden, y no podemos contravenir á ella.

—Eso es una broma, señores, soy un convidado como los demás, y....

—No lo dudamos, puesto que ha llegado vd. hastaaquí; pero viene vd. de levita y eso no es traje de sociedad.

Si.... en efecto.... es verdad.... pero.... ya ven vds.... cada uno va con.... quiero decir.... como uno tiene tantas distracciones se me ha pasado por alto ponerme el frac y.... esto no quiere decir que vds.... en fin.... la etiqueta lo exije, y por lo demas....

No pude concluir: las palabras salian truncadas de mi boca y no era posible coordinar una mala respuesta. Todo era representárseme mi frac colgado del clavo, la patrona encajándome el belon encima y sobre todo aquellas malditas espresiones: *los que no tienen quita y pon no debieran ir nunca al baile.*

¿Pero cómo sufrir el tormento de permanecer en la antesala mientras *Ella* estaba danzando en compañía de mi rival? Lo primero que me ocurrió fué llamar á la ingrata, pero esto no me satisfacia, porque era mejor sorprenderlos cuando mas embebecidos estuviesen. Hacer salir á mi rival no me placia tampoco: ¿qué pruebas tenia yo de su traicion? Las señas que la patrona me habia dado eran tan equívocas, que hasta desengañarme no era prudente habérmelas tiesas con él. Era preciso, pues, penetrar á toda costa en el salon; ¿pero cómo verificarlo?

Mientras mi imaginacion iba discurriendo y combinando mil medios diferentes, los amigos y conocidos que tenia en la antesala la desampararon completamente y se dirigieron adentro, no sin reirse de mi murria cuando pasaron por delante de mí. Tras ellos siguieron los demas que habian salido á fumar un cigarro, siendo el motivo de aquella desercion haber comenzado la música á tocar un vals, en el cual querian tomar todos parte. Quedéme solo pues, pero esta soledad duró poco. Un jóven como de edad de 18 á 20 años entró en la antesala con un bulto debajo del brazo, no sin alguna oposicion por parte de los que estaban en la puerta, los cuales dirigiéndome una mirada le permitieron entrar.

—Caballero, me dijo el recien venido dirigiéndome la palabra en voz baja. He visto desde la escalera que no le han permititido á vd. entrar en el salon por la sencilla razon de no venir en traje de etiqueta.

—¿Qué tenemos con eso? le dije con acritud admirado de aquella familiaridad.

—Diré á vd., me contestó: yo vivo en la boardilla de arriba, y soy aprendiz de sastre, y traigo aquí dentro de este pañuelo un frac que le ha de venir á vd. pintado. Es un frac que me ha entregado mi amo esta noche para llevárselo mañana á su dueño, y si vd. me diera una pequeña gratificacion, no tendria inconveniente en prestárselo á vd. un par de horas.

—¡Jóven providencial! le dije: el cielo te ha traido aquí. No sabes el favor que me haces. Pero, ¿y si el frac no me viene bien?

—Nada le cuesta á vd. probárselo, me contestó: entremos en ese saloncillo inmediato, y....

—¿Pero qué dirán los que están en la puerta cuando me vean ponerme un frac que no es mio?

—No le dé á vd. cuidado; todo lo he previsto y he ocurrido á todos los inconvenientes: los he dicho que era vd. mi amo y que venia á traerle el frac.

—¡Admirablemente! le dije: y entrando en el saloncillo me quité la levita y me puse el frac que me sentaba divinamente. El á la verdad estaba bastante raido pero aunque inferior á mi levita por lo que respeta al paño, era superior á ella en aquella ocasion, puesto que me proporcionaba lo que tanto apetecia.

—Espérame aquí, dije al muchacho, poniéndole un napoleon en la mano y dejando en su poder mi levita: dentro de media hora á lo mas estoy de vuelta.

Dije, y entré en el salon. ¡Ay de la ingrata si por desdicha suya la encuentro mano sobre mano con mi aborrecido rival! ¡Ay de mi rival si noto en él la menor señal de haberle merecido el mas pequeño favor!

Tales eran mis ínfulas, mientras iba corriendo por la sala. Mis ojos buscaban con avidez á los que tan mal rato me daban: cuantas señoras veia, me parecian altas, descoloridas y esbeltas: cuantos jóvenes acertaba á descubrir eran para mí otros tantos rivales. Mi vista, corta de suyo, lo era mas aquella maldita noche, en que la nublaban los celos. Y sin embargo ni dí con mi amada, ni con su amiga, ni con el hermano de su amiga. Pregunté por las damas, y me contestaron que no habian parecido por allí, y que el único que habia estado era el que yo creia mi rival, y esto con el solo objeto de decir que no esperasen ni á su hermana, ni á su amiga, por hallarse indispuesta la última.

¡Malditos celos! esclamé interiormente. ¿Es posible que haya podido sospechar de la fidelidad de mi amada? Ella se ha abstenido de venir por la sola razon de no acompañarla yo, y siendo mia la culpa me he atrevido á dudar de su cariño! ¡Ah! yo la pediré mil perdones.

Dicho esto, y sin detenerme ni aun á saludar al baron, me dirijí fuera de la sala, al mismo tiempo que uno á quien yo no conocia entraba por la puerta en mangas de camisa.

—Ya he recobrado mi frac! esclamó, agarrándome por el cuello. Mi frac, el frac que acaban de robarme en la calle....! he recobrado mi frac.

Juzguen mis lectores cual me quedaria yo al oir semejante exabrupto. Todos los concurrentes se agruparon en torno nuestro, siendo mi posicion la mas graciosa del mundo. Yo llamaba como un desesperado al pretendido aprendiz de sastre, el pilluelo que me habia traido el frac, pero en vano. El tuno habia desaparecido. No era eso lo peor, sino que me habia llevado la levita. Cuando las gentes supieron el chiste, chiste que me ví en precision de confesar, no podian tenerse de risa. El despojado era el hijo del Baron que venia de otra tertulia, y acababa de ser acometido por tres hombres, que en union con el aprendiz de sastre, le aliviaron del peso del frac, amen del dinero y reloj.

Mis celos habian sido infundados, puesto que mi querida se habia negado á ir al baile, viendo que yo no la acompañaba. *Malediction sur le frac!* Una, dos y tres veces *Malediction sur le frac!!!!!!!!!* D. Y.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.